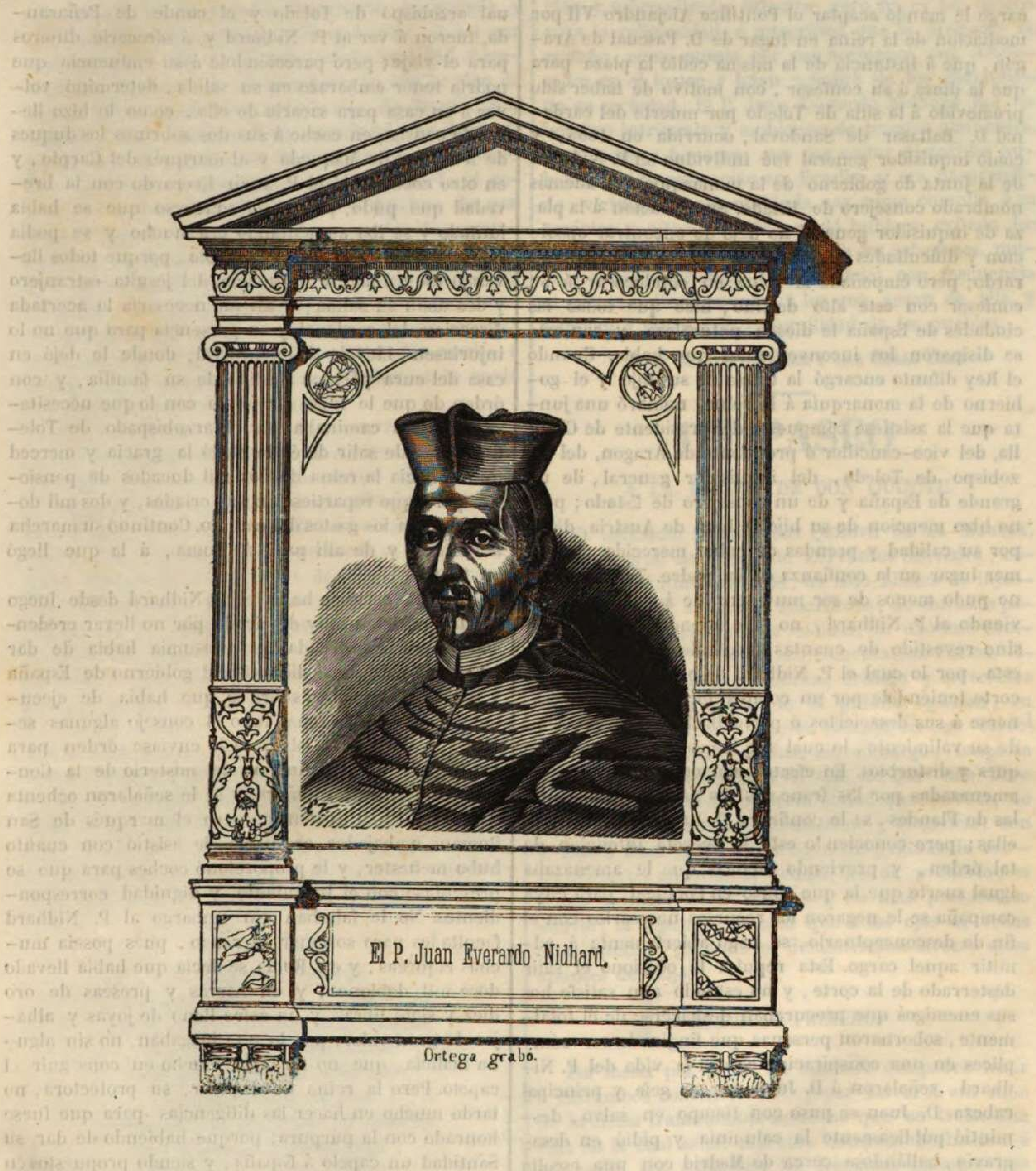

BSB Bayerische StaatsBibliothek

MDZ Münchener DigitalisierungsZentrum Digitale Bibliothek



El P. Juan Everardo Nidhard.

Uno de los personajes que mas influjo tuvieron en los negocios de España durante la menor edad de Cárlos II, y el que mas ocasion dió á las turbulencias que agitaron aquellos tiempos, fué el P. Juan Everardo Nidhard, cuya noticia biográfica vamos á esponer brevemente.

Nació este célebre jesuita en la villa ó castillo de Falkenstein, en el Austria, en 8 de Diciembre de 1607, de una familia originaria de Ausburg, que algun tiempo antes que Lutero inficionase con sus errores la Alemania se habia establecido en el condado del Tirol, y segun parece, se trasladó despues al Austria. Gozaba de antigua nobleza en que la confirmó el emperador Fernando III en 18 de Abril de 1654, por un diploma en que se mencionaban los méritos y lustre los de Nidhard. El P. Juan Everardo estudió teología y cánones en la universidad de Graetz en la Estyria y despues tomó la sotana en la compañía de Jesus, en cuyas aulas enseñó filosofía, teología y derecho canónico, y se distinguió por su saber aun entre los mas aventajados jesuitas. Teniendo noticia de su mérito el emperador Fernando III le eligió por maestro y confesor de sus hijos Leopoldo y Mariana, la cual fué despues reina de España, á donde lo trajo consigo cuando casó con el rey Felipe IV. El emperador, confiando en su fidelidad, le encomendó el cuidado de sus intereses públicos y privados en la corte de su yerno, y este, que tambien hizo mucho aprecio del P. Nidhard, le encargó la defensa del misterio de la Concepcion de nuestra Señora, sobre cuyo asunto publicó una obra. Asistió al Rey D. Felipe en su muerte y despues fué nombrado inquisidor, cuyo

cargo le mandó aceptar el Pontífice Alejandro VII por mediacion de la reina en lugar de D. Pascual de Aragon, que á instancia de la misma cedió la plaza para que la diese á su confesor, con motivo de haber sido promovido á la silla de Toledo por muerte del cardenal D. Baltasar de Sandoval, ocurrida en 1665, y como inquisidor general fué individuo el P. Nidhard de la junta de gobierno de la monarquía, y además nombrado consejero de Estado. Su elevacion á la plaza de inquisidor general no dejó de encontrar oposicion y dificultades por ser estranjero el P. Juan Everardo; pero empeñada la reina en condecorar á su confesor con este alto destino, hizo que todas las ciudades de España le diesen naturaleza, y con esto se disiparon los inconvenientes que habia. Cuando el Rey difunto encargó la tutela de su hijo y el gobierno de la monarquía á la reina, nombró una junta que la asistiese compuesta del presidente de Castilla, del vice-canciller ó presidente de Aragon, del arzobispo de Toledo, del inquisidor general, de un grande de España y de un consejero de Estado; pero no hizo mencion de su hijo D. Juan de Austria, digno por su calidad y prendas de haber merecido el primer lugar en la confianza de su padre. Tal desprecio no pudo menos de ser muy sensible á D. Juan, y mas viendo al P. Nidhard, no solo miembro de la junta sino revestido de cuantas facultades pertenecian á esta, por lo cual el P. Nidhard deseaba alejarlo de la corte teniéndole por un competidor que podria oponerse á sus desaciertos ó perturbarle en la posesion de su valimiento, lo cual fué causa de graves choques y disturbios. En efecto, con ocasion de hallarse amenazadas por los franceses las posesiones españolas de Flandes, se le confirió á D. Juan el gobierno de ellas; pero conociendo este la secreta intencion de tal órden, y previendo además que le amenazaba igual suerte que la que sufrió en Portugal, para cuya campaña se le negaron los recursos necesarios con el fin de desconceptuarlo, se negó abiertamente á admitir aquel cargo. Esta repulsa le ocasionó el salir desterrado de la corte, y no estando aun satisfechos sus enemigos que procuraban deshacerse de él totalmente, sobornaron personas que fingiendo ser cómplices en una conspiracion contra la vida del P. Nidhard, señalaron á D. Juan por su gefe y principal cabeza. D. Juan se puso con tiempo en salvo, desmintió públicamente la calumnia y pidió en desagravio, hallándose cerca de Madrid con una escolta de setecientos hombres, que el P. Nidhard fuese separado del gobierno y saliese de España en el término de dos dias.

La reina, á instancias del cardenal D. Pascual de Aragon y el Nuncio apostólico Borromeo, y tambien estrechada por las circunstancias que le inspiraban temores de una guerra civil, accedió á la exigencia de D. Juan, y firmó un decreto en que se decia que concediendo la peticion que le habia hecho el P. Juan Everardo Nidhard de retirarse de estos reinos, y deseando que fuese con la decencia y decoro que correspondian á sus servicios, mérito y gerarquía, habia venido en resolver se le diese título de embajador estraordinario en Roma ó en Alemania, donde eligiese, con retencion de todos sus destinos, y de lo que gozase por ellos.

Sabida la determinacion de la reina por el cardenal arzobispo de Toledo y el conde de Peñaranda, fueron á ver al P. Nidhard y á ofrecerle dineros para el viaje; pero pareciéndole á su eminencia que podria tener embarazo en su salida, determinó volver á su casa para sacarle de ella, como lo hizo llevando consigo en coche á sus dos sobrinos los duques de Aveiro y de Maqueda y al marqués del Carpio, y en otro coche salió el P. Juan Everardo con la brevedad que pudo, porque el concurso que se habia juntado y se iba aumentando era mucho y se podia temer cualquier esceso del pueblo, porque todos llevaban muy á mal la influencia del jesuita estranjero y deseaban su salida; y así fué necesaria la acertada direccion del cardenal y su presencia para que no lo injuriasen. Llevóle á Fuencarral, donde le dejó en casa del cura párroco asistido de su familia, y con órden de que le fuese sirviendo con lo que necesitase mientras caminaba por el arzobispado de Toledo. Antes de salir de él le llegó la gracia y merced que le hacia la reina de dos mil ducados de pensiones para que repartiese en sus criados, y dos mil doblones para los gastos del camino. Continuó su marcha á Vizcaya y de allí pasó á Roma, á la que llegó en 1671.

En esta corte se halló el P. Nidhard desde luego en una posicion muy desairada por no llevar credenciales para la embajada que presumia habia de dar á Clemente X, y así dió aviso al gobierno de España y pidió instrucciones sobre lo que habia de ejecutar, acerca de lo cual tuvo el consejo algunas sesiones y al fin se resolvió se le enviase órden para que tratase de la definicion del misterio de la Concepcion de Nuestra Señora, y se le señalaron ochenta escudos para su asistencia; pero el marqués de San Roman, embajador ordinario, le asistió con cuanto hubo menester, y le proporcionó coches para que se presentase con el lucimiento y dignidad correspondientes. No le faltaban sin embargo al P. Nidhard facultades para sostener su rango, pues poseia muchas riquezas, y en Roma se decia que habia llevado doce mil doblones, y en barras y preseas de oro diez y siete libras, y un cofre lleno de joyas y alhajas de gran valor; por lo que juzgaban, no sin alguna malicia, que no tardaria mucho en conseguir el capelo. Pero la reina de España, su protectora, no tardó mucho en hacer las diligencias para que fuese honrado con la púrpura; porque habiendo de dar su Santidad un capelo á España, y siendo propuestos en primer lugar el dean de Toledo D. Luis Fernandez Portocarrero, en segundo D. Antonio Benavides y en tercero..... con lo que se conformó la reina; á pesar de esto, en el mismo correo en que se remitió la nómina al marqués de San Roman, escribió la reina separadamente pidiendo el capelo para el P. Juan Everardo, lo que fué muy sensible en la corte de Madrid, temiendo que así que fuese cardenal habia de volver á España. Su Santidad pidió la nómina de los propuestos, y habiéndosela llevado el marqués de San Roman, el Papa le manifestó que estaba resuelto á no admitir al P. Juan Everardo, que así se lo comunicase, como tambien que renunciase luego el cargo de inquisidor general en D. Diego Sarmiento y Valladares, presidente de Castilla, que habia nombrado en su lugar; pero el P. Nidhard no queria renunciar porque su confidente el P. Salinas le habia escrito que

pronto se veria en España con cuarto en palacio y gobernando esta monarquia sin oposicion, y así que no renunciase. Llevóle la órden de Su Santidad el embajador, á tiempo que él se saboreaba con la idea de ser en breve cardenal y gobernador de España, por lo que le sorprendió tanto la noticia que se desmayó y por mas de una hora le duró el deliquio. Para mayor quebranto y humillacion del P. Nidhard, el general de la Compañía de Jesus, acordándose de que cuande llegó á Roma no le hizo los debidos acatamientos, le mandó salir de la ciudad y que se retirase á un convento estramuros, en donde así que se aposentó, despachó á su familia y solo retuvo al hermano Bustos que le habia asistido en España. Descubrióse en esta lo que el P. Salinas le habia escrito á Roma y de la noche á la mañana el Nuncio lo envió á Valladolid, y de allí á Palencia.

No olvidándose la reina de promover los ascensos de su amado confesor, volvió á recomendarle á Su Santidad, y entonces fué hecho obispo de Agrigento y despues de Edesa, y al siguiente año de 1672, en 22 de Febrero, lo elevó el Pontífice á la dignidad cardinalicia con el título de San Bartolomé in Insula, cuyo título dejó en 25 de Setiembre de 1679 por el de Santa Cruz de Jerusalen. Sostuvo con otros embajadores las regalias de la inmunidad real; pero despues fué el primero que separándose de los demás convino con las ideas de los ministros pontificios. Fué individuo de la congregacion de intérpretes del Concilio de Trento, del Santo Oficio y de la propagacion de la fé: asistió al cónclave en que fué electo el Pontífice Inocencio XI en 21 de Setiembre de 1676, y finalmente, en el siguiente año fué nombrado protector del reino de Portugal. Murió el primero de febrero de 1681 á los 74 años de edad, y fué sepultado en la iglesia de San Ignacio cerca del altar del mismo santo, donde se le puso el siguiente epitafio:

D. O. M.
Jo. Everardo Nidhardo
A societate Jesu S. R. E. Pr. Cardinalis
Qui Marianae Austriac. Hisp. Reginae
Primúm ab arcanis conscientiae
Dein ejusdem regnum moderantis
Curarum omnium particeps
Reigne publicae administer, et generalis
Per Hispaniam quaesitor fidei.
Tum Carolo II rege Catholico
In sanctioribus consiliis
Ejusdemque apud apostolicam sedem orator
Demum á Clemente X. Pont. Max.
In amplissimum purpuratorum patrum
Collegium fuit coaptatus.
Viro integritate, religione, constancia,
In adversis aequabilitate
In omni vita laudatissimo.
Cuod viventi fuit in votis multis
Prope sancti parentis tumulum, domus
Professorum Romana haeres mon. pos.
Obiit Kal. Pebruarii A. R. S. MDCLXXXI
aetatis LXXIV.

Segun el testimonio de los contemporáneos, de este célebre jesuita no podemos dudar de su instruccion y sobresalientes talentos: pero no es tan inconcusa la religiosidad, é integridad que le atribuye su epitafio, como puesto por sus hermanos tan interesados en el lustre y buen nombre de los individuos de su sociedad. El P. Juan Everardo Nidhard fué un hombre intrigante y ambicioso de puestos eminentes, dignidades y honores, que por evitar disturbios hubiera debido renunciar en España si era desprendido, virtuoso, y amante de la paz como cumplia á su carácter y estado. De este modo hubiera evitado los funestos efectos de la privanza de los soberanos, muchas veces caprichosa, y perjudicial con frecuencia al menos indirectamente, á los que gozan de ella, y tambien á veces á la tranquilidad de los pueblos.

LUIS MARIA RAMIREZ Y LAS CASAS DEZA.

UN PASEO

A LA PATRIA DE DON QUIJOTE.

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, obra inmortal de Miguel de Cervantes Saavedra, como todos los libros clásicos, ha sido blanco de injustas críticas, de alabanzas desacordes, de estraños panegíricos, de pretenciosos análisis, de exóticas comparaciones y de voluminosos comentarios. Poetas, filósofos, historiadores, eruditos, críticos y novelistas han arrojado, en medio de la pública opinion, su voto sobre la original historia trazada en una carcel por el pobre soldado español. Sin embargo, tengo la creencia, algo jactanciosa tal vez, de que este libro no se ha juzgado con la profundidad que merece; no se ha comentado con el entusiasmo y elegancia, con la gala y buen gusto que exigen sus páginas de oro— Lo primero, andando el tiempo, he de probarlo, si á ello alcanzaren mis fuerzas y en mas pretencioso escrito; lo segundo, es cosa que á los ojos de todos creo patente y para mayor demostracion ofrezco estos apuntes de viaje.

ARTICULO PRIMERO.

Por meter paz suele un honrado compadre herir á entrambos contendientes: y por salvar á un niño de brutales tratamientos acontece que se traba una riña en la cual salen muertos hombres barbados: á tal punto nos conducen las humanas pasiones que hasta en lo bueno, si se exageran, producen graves males. Por esto no estrañarás, leyente mio, que despues de jurar y perjurar contra los comentadores de EL INGENIOSO HIDALGO, me entrase, en los primeros años de mi juventud, la estraña manía de comentarle tambien á mi manera. Mas no comencé por anotar los errores gramaticales, ni por apuntar [illegible] ces en que el autor se olvida, en el abandono de su fácil vena, de lo que antes dijo, ni menos compré raros libros de caballerías para saber los pasajes que imitó Cervantes, ni revolví crónicas para averiguar la biografía de las barbas, ni la procedencia francesa del castizo nombre de Maritornes, ni si se mantuvo ó no en tiempo de Suetonio. Como la juventud es irreflexiva, y sobrado confiada en sus propias fuerzas, desprecié el antiguo método y antes de todo me

propuse visitar la patria de Don Quijote, recorrer las calles de su lugar, seguir el camino de sus primeras y mas famosas aventuras, recoger las populares tradiciones y apurar cuanto allí se supiese de las desgracias del manco de Lepanto, y de lo que pudo dar orígen á su riquísima historia.—Con esto y con decir que mal corrido y peor montado me trasladé á Malagon, dejando los ardores de Junio por esas calurosas soledades de la Mancha, tengo esplicado el objeto de mi viaje y descartada la penosa relacion de las desventuras que hasta llegar á tal poblado me acontecieron, pues al caso presente no convienen.

Una vez allí, perdona lector querido, que no te hable de las antiguedades romanas con que se enaltecen los habitantes de este pueblo, ni del pintoresco castillo que domina el caserío, ni de los rios que cual collar de plata le cercan; apenas clareaba el alba, sin darme un bledo de todo ello, salí precedido de un guia para buscar á Levante del camino, que á Fuente del Fresno guia, la famosa venta donde acaecieron las mas graciosas aventuras y dieron feliz remate los mas galanes episodios que adornan la primera parte de El ingenioso hidalgo don. Quijote de la Mancha.

Como dos leguas habriamos andado cuando dejamos la carretera para torcer á la derecha, internándonos en la montaña, y á la media hora de sendero áspero ya estábamos en el antiguo camino de Ciudad Real y de Santa Cruz de Mudela; poco despues ante la ruinosa venta que buscábamos.



Vista de la célebre venta en que Cervantes supuso haber acaecido varios pasajes del Quijote.

Tiempo me faltaba para comprobar los datos y asegurarme de que era aquel casucho arruinado, carcomido por el incendio y acribillado de balas lo que habia parecido castillo á D. Quijote. Satisfechas estas eruditas y topográficas dudas, con no poco asombro del campesino que me servia de práctico en la escursion, dibujé la casa y el severo paisaje que la cercaba, deseoso de que los *ilustradores* de mis soñados comentarios no *inventasen* un palacio, una fortaleza arruinada, un elegante *hotel*, en vez de tan mezquino habitáculo; bien que en ello no harian mas que seguir á la Academia y á otros no menos sabios editores.

A una media legua hácia el S. E. de Fuente del Fresno, está situada la venta; dista como veinte y cinco leguas de Madrid y cuatro y media de Consuegra; antes se hallaba en la hijuela de camino que iba de la corte á Jaen y partia de Tembleque, viniendo por la Cañada de la Higuera, Consuegra, Malagon, Fernan-Caballero, Sarazuela, Ciudad Real y Santa Cruz de Mudela, donde se unia con la ruta de Sevilla. Ahora el antiguo meson se halla en un despoblado y todas sus paredes son ruinas; aun se conservan las bardas del corral donde mantearon á Sancho, y á la izquierda estaria, en lo derruido, el agujero por donde Maritornes y la traviesa hija del ventero colgaron al andante caballero mientras velaba por la seguridad de aquel castillo.

Esta llamábase en lo antiguo la venta del cuadrillero, y á fines del pasado siglo, habiéndose establecido en ella un rumboso sevillano, la enjabelgó con cal á uso de su país, y entonces tomó el nombre de *Casa blanca*. Todo esto, y mas que para el fin de este artículo guardo, me contó el pobre anciano que vivia en la parte habitable del meson reducido hoy (por haber tomado el camino otra direccion hácia Poniente) á una choza de labor, donde á veces se abrigan carboneros, leñadores y bandidos.

Penetré pues por el arco de la puerta pidiendo que me dejasen solo por algunos momentos y lleno de inesplicable placer, de gozoso entusiasmo, me planté en el centro de aquellas ahumadísimas paredes y comencé á concentrar todos mis recuerdos. A la izquierda estaban intransitables las escaleras que daban al derribado camaranchon donde prepararon aquella famosa y maldita cama que sirvió de potro

para que le vizmasen al hidalgo manchego los cardenales que en su cuerpo habian labrado las villanas estacas de los yangueses; al estrellado establo destruido por un incendio, donde por la desatenta deshonestidad del rico arriero de Arévalo, y la culpable facilidad de Maritornes se trabó la mas reñida y graciosa escaramuza del mundo, no sin innumerables trabajos para el bravo D. Quijote y su buen escudero Sancho Panza. Cerca de mis pies el fogon donde se coció el inmortal bálsamo de Fierabrás, tan terrible para Sancho. A la derecha el corral donde los cuatro pel ires de Segovia, los tres agujeros del potro de Córdoba y los dos sevillanos de la feria dieron con el escudero Panza en la manta del huésped y como gente maleante y bien intencionada se holgaron con él como con perro por carnestolendas; y mucho le debió de pesar, porque nunca olvidó esta desgracia. En los poyos que rodeaban el hogar leyó el cura la novela del *Curioso impertinente*, tan dramática como buena y bien razonada, y para mayor ilusion mia, sobre un arcon en aquel lado, hácia donde mis ojos se dirigian, ví un recio cuaderno que era nada menos que *la historia de los doce pares*! En la puerta destrozada que hay cercana á la escalera reconoció Cardenio á la incomparable Luscinda que robada traia el deslea D. Fernando; tambien aquel lugar fué regado con lágrimas de la sin par Dorotea, tan bella como discreta, logrando al fin que le volviese la honra aquel á quien ella habia abierto las puertas de su recato y entregado las llaves de su libertad. Allí tambien habian oido la donosa y sentida historia del cautivo. Cerca estaba el aposento de la ventera donde se alojó el oidor que tan gallarda, bizarra y graciosísima doncella tenia por hija. En el fondo la cuadra donde hallaron á D. Luis, en cuya boca puso Cervantes sus mejores versos (1), y donde se trabó la famosa riña entre Sancho Panza y el barbero del yelmo de Mambrino, sobre el trueque de los aparejos y en todo el espacio junto, el teatro de aquella batalla con los cuadrilleros y los criados de Don Luis en que *toda la venta era llantos*, *voces*, *gritos*, *confusiones*, *temores*, *sobresaltos*, *desgracias*, *cuchilladas*, *mojicones*, *palos*, *coces y efusion de sangre*, lo cual fué causa de que D. Quijote se creyera en medio del campo de Agramante.

Tan admirablemente describia aquel ingenio felicísimo que historia parece su libro y que por realidades tenia yo en aquellos sitios cuantos hechos figuró y allí localizó su fecundísima inventiva.

¿Porqué en esta venta fijó Cervantes el principal teatro de las aventuras de su héroe? tal vez espontáneamente y por mera casualidad ¿quién sabe si por haberla frecuentado mucho en sus contínuos viajes y haber tenido en ella alguna desagradable desventura con cuadrilleros? ello es lo cierto que á mí me parecen retratos los del ventero, la ventera y su hija y caricaturas tomadas del natural la de Maritornes, el arriero y el cuadrillero del candilazo, pues las figuras ideales d l príncipe de nuestros ingenios tienen tal colorido y tal belleza que se distinguen como los cuadros de Rafael.

Pregunté el orígen del primer nombre y no me le supieron dar, sin duda era cuadrillero el fundador, mas la causa de tanto estrago y ruina como en el edificio se notaba refirióme la de esta manera el buen viejo y con tal acierto de solemnidad que me sentí conmovido.

Al comienzo de la guerra civil habitaba esta venta, que entonces tenia tejado en vez de la cubierta de chamizas y entero todo el costado que ahora es ruinas, un honrado labrador que con no vista caridad recibia á todos los que transitaban por estos montes. Era viudo y con dos hijos, la una de cinco años y hermosa como un angel, y el otro rayano en los catorce abriles. Seis facciosos de los muchos que se albergaban en estos montes cayeron sobre él una mañana; ocupando el meson militarmente saqueáronle despensa y bodega y calientes con la bebida acabaron por pedirle sus ahorros. Acababa de comprar unas ovejas el ventero, y su caudal no llegaba á un doblon, mas lo entregó sin violencia; pero aquella mala gente, con feroz instinto le amenazan degollar á su hija que jugaba en el hogar si no les daba mayor cantidad. Súplicas, llantos, desesperados clamores todo fué perdido, la niña murió á manos del capitan de aquellos tigres humanos. Y como el olor y la vista de la sangre mas provoca la crueldad en los ánimos salvajes y fieros; viendo aquellos bandidos, que el labrador no les daba lo que no tenia le apuñalaron, arrojándole luego sobre el vivísimo fuego que en la cocina ardia—Carbonizado le encontró su hijo que guardaba ganado, cuando volvió y tambien rojo el hogar con la sangre de su hermana.—Los latro-facciosos estaban ya en lo mas espeso de la montaña.

El muchacho quedó como tonto por algunos dias; pero despues vendió sus ovejas, compró una carabina de dos cañones y una cantidad considerable de municiones, y desapareció de Malagon y sus contornos. No habia pasado una semana y ya faltaban dos de los seis facciosos que habian muerto á su padre, al cabo de ocho meses solo quedaba uno que habia logrado reunir gruesa partida y bien armada. Cumplido el año, las tropas habian convertido en apostadero esta venta y habian aspillerado los muros para defenderse de los contínuos ataques de los mal llamados carlistas. Un dia, habia solo cinco valientes cazadores de Africa, vino sobre ellos una partida numerosa, y sin saber como se apareció entre ellos y les avisó de la proximidad del enemigo un muchacho tostado por el sol, armado con una carabina de dos cañones. Cruzáronse los primeros tiros y el cabo viendo que era desesperada la resistencia asomó por la ventana del pajar un lienzo blanco en la punta de su bayoneta, los ojos del chico se inyectaron de sangre al ver esta accion y sus dientes rechinaron, mas acercándose al que mandaba la tropa le dijo poco menos que por señas, que él mismo saldria á capitular. Todos admitieron y el mancebo bajó á la cocina, sacó unas pistolas que tenia ocultas, las cargó bien, se las pusó montadas en el cinto, abrió la puerta, arrojó su caravina al suelo y con un pañuelo blanco en la mano se adelantó hácia los enemigos. El capitan de ellos, vino hácia el chico, montado en un magnífico caballo; mas al emparejar con el muchacho este con la presteza de un rayo sacó sus pistolas y le disparó á boca de jarro; era este capitan el único que de los seis asesinos quedaba y el mancebo viéndole caer se sonrió ferozmente y se dejó matar por los facciosos que le rodea-

(1) La cancion á la esperanza.

ban. De seguido incendiaron la venta y en ella perecieron los soldados.—Despues yo, me decia el anciano, he arreglado algun tanto la vivienda cubriendo el techado y cerrando los mas anchos boquetes de los tapiales...

Siento acabar con tan melodramática historia este artículo; pero en el próximo será mas alegre el relato, pues hemos de visitar el sitio donde acaeció la aventura de los Yangueses, el bosque donde habitaban los cabreros que oyeron la improvisacion sobre el siglo de oro, el monte al pie del cual enterraron al pastor Crisóstomo, el Puerto Lápice, los molinos de viento del Campo de Montiel y por último la célebre Argamasilla de Alba lugar de cuyo nombre no queria acordarse el autor del *Viaje al Parnaso* y de *la Galatea*.

J. Gimenez-Serrano.

EL BARBERO DE UN VALIDO.

CRONICA DEL SIGLO XV. (1)

I.

MAESE BLAS.

1481.

Si deus pro nobis, quis contra nos?
Divisa de D. Juan II de Portugal.

—No! que el Rey sabrá cortarles los vuelos. Don Juan II no es D. Alfonso V.

—En buenas nos metió el hijo de D. Duarte, que santa gloria haya; mas habia nacido él para caballero andante que para rey. Allá le teneis descansando de sus lides en el monasterio de Batalla, y aguardando inmóvil el dia de la resurreccion general.

Asi decian dos procuradores á Cortes, uno por cierta ciudad, y otro por cierta villa de Portugal, en una sala baja de Evora, morada de maese Blas, barbero de la corte, donde le aguardaban para que los rapara y afeitase. Estaba fuera el maese; y tanto era la prisa, que asi el barbero como sus dos mancebos habian desamparado la tienda, dejando á cargo de una vieja esclava mora el cuidado de guardarla, y entretener á los parroquianos que fuesen llegando.

La buena de la vieja al paso que hilaba la porcion de lana que su ama, la dignísima consorte de maese Blas, le habia destinado, procuraba por todos los medios imaginables que los parroquianos no la abandonasen. Este celo nacia de muy poderosos motivos: hacia ya mucho tiempo que ni un tasajo de cabrito, comida vulgar de aquel tiempo, habia atravesado por entre sus desguarnecidas mandíbulas. La prohibicion del rey meses atrás, para que ninguno se rapase el pelo ni afeitase las barbas, habia puesto en estremo la noble profesion de maese Blas; y este fatal suceso iba transformando á la pobre vieja en esqueleto.

—Maese Blas no puede tardar; y dado caso que él no viniese, vendrán sin falta Vicente ó Antonio; y no sé si os diga que cualquiera de ellos es mas consumado barbero que mi propio señor.»—Hablando de esta suerte la mora, miraba, no sin inquietud, hácia adentro, y tiraba con ahinco de las barbas de la rueca.

Los dos procuradores, forasteros en Evora, que ya habian entrado en otra tienda de barbero, de la cual salieron hartos de esperar, determinaron permanecer en aquella, hasta que maese Blas ó alguno de sus mancebos llegasen; y para matar el tiempo, habian trabado la conversacion que al principio empezáramos á transcribir.

—Aguardemos pues: prosiguió uno de los procuradores, ya que es fuerza esperar.

—Sí, replicó el otro: moro que no pudieres haber, dálo por amor de Dios.

—Asi es el mundo, añadia el primero: aun no há mucho que todos nosotros hemos visto al actual rey bajar del trono, y pasar de rey á príncipe, cuando su padre D. Alfonso V viniendo de Francia desembarcó en Cascaes.

—Por señas que en el mismo dia salió para Roma el cardenal D. Jorge de la Costa.

—Tal he oido decir; y por cierto que no atino con la causa de tan repentina marcha; salvo que el cardenal hubiese ido á impetrar del Santo Padre alguna bula.

—¡Qué bula! nada de eso. D. Jorge de la Costa es muy solapado y astuto; y como dice el adagio, no quiso habérselas con justicia nueva. El caso fué otro. Hallábase paseando por la ribera del Tajo con el príncipe D. Juan, rey entonces en el nombre y ahora de hecho, y con el duque de Braganza. Vino á ellos corriendo un mensajero y les anunció la llegada del rey D. Alfonso V.—¿Qué haremos ahora? preguntó Don Juan.—Salir al encuentro de vuestro señor y padre repuso el duque, ¡y entregarle el gobierno de sus reinos.—D. Juan no replicó palabra; pero bajóse á cojer un guijaro de la playa, y le arrojó con fuerza al mar; el guijarro fué dando saltos por cima del agua hasta que se sumergió.

—Pero que tiene que ver esa historia con el cardenal? interrumpió impaciente el otro interlocutor.

—Voy á decíroslo. Apenas vió el cardenal lo que el rey acababa de hacer, se volvió hácia el duque y demas señores que cerca de él estaban, diciéndoles:—A fé que el tal guijarro no me dará á mí en la cabeza— y sin esperar—mas, se puso seguidamente en camino para Roma.

Aquí llegaban, cuando vieron entrar por la puerta al propio maese Blas en persona. Era este, un hombre bajo y regordete, de nariz pequeña, ojos vivos y pen trantes, piernas arqueadas y pies de una longitud prodigiosa. Traia una ropilla de color incierto; no porque no le hubiese tenido fijo y permanente, sino porque el transcurso del tiempo la habia hecho de cambiantes; de tal suerte, que en conciencia no se podia decir que color tenia. El birrete era de terciopelo, y asi este como los borceguíes, negros: las calzas de paño amarillo con golpes y forro de tela encarnada.

—Buenas tardes nos dé Dios, señores; dijo maese Blas echando mano al birrete. Perdónenme si les hice esperar algunos credos. Vengo de palacio, donde acabo de rasurar y cortar el cabello á Anton de Faria y....

—El Camarero del rey?—Esclamó uno de los procuradores.

—Y su privado;—repuso el barbero, en tono de confianza; pero con tal voz que bien pudiera ser oida á cincuenta pasos. Si señores: privado del rey. Ese es hombre del pueblo, es acá, de los nuestros. Con Don Juan irán las cosas mejor que con Don Alfonso; los validos de este eran grandes; el pueblo, segun él, solo habia nacido para ser despreciado, y sufrir sin que le fuera permitido quejarse. Hasta despues de muerto nos humilló S. A., que Dios haya; seis meses se han llevado enmoheciéndose mis navajas y tijeras. No ha sido poca fortuna que por fin el rey haya mandado

(1) Vamos á narrar de la mejor manera que Dios nos dé á entender los principales hechos de la vida de un rey que ha sido sin disputa uno de los hombres mas notables que Portugal ha visto nacer.

Don Juan II de Portugal, á quien la historia ha consagrado el título de perfecto que le fué dispensado por el pueblo, siguió las huellas de su contemporáneo Luis XI de Francia, como fácilmente puede verse comparando muchos sucesos de la historia del reinado de estos dos príncipes. Ambos humillaron el poder de los grandes, ambos se mostraron afables y se familiarizaron con el pueblo, ambos hicieron inmensos beneficios á su patria; pero el rey de Francia tuvo todos los vicios de un malvado, mientras que Don Juan II no tuvo sino los vicios de su época.

que se puedan las gentes rasurar y cortar los cabellos para la convocacion de las cortes. Diciendo esto preparaba las navajas y se disponia á dar pruebas de su pasmosa habilidad en el oficio.

Pero atajóle el discurso, que llevaba trazas de no acabar tan pronto, el vulto de un hombre embozado, que metiéndose puertas adentro, vino á rellenarse en la silla destinada á los pacientes que llegaban á caer en las garras de maese Blas.—Luego que se hubo desembozado el recien venido, dijo al barbero con voz de autoridad.

—Maese Blas, rasuradme cuanto antes la barba, y rapadme el pelo, que tengo negocios que ventilar y pocos deseos y menos costumbre de esperar por las cosas.

El maese se volvió á mirarle y vió en su aspecto y ademanes que era hombre de aquellos que estaban habituados á no escuchar réplicas de pecheros, era un noble. Encogióse de hombros haciendo un visage á los dos procuradores; y en aquel encogimiento de hombros y en aquel visage, hizo un discurso que los otros entendieron perfectamente, y al cual contestaron en la misma forma.

Era el intruso parroquiano, un hombre de treinta y dos á treinta y tres años, de alta estatura, fornido; y sus musculosos miembros denotaban una fuerza descomunal. Por debajo de la abertura de la ropilla veíase brillar el templado acero de su arnés, como de quien andaba prevenida contra cualquier súbito acometimiento. Pendíale del lado una larga espada, y del cinto un puñal.

Maese Blas, ansioso de verse libre de tan inesperado y testarudo huesped, hacia cuanto podia por despacharlo; pero un esguince de la navaja, ó mejor diremos, de la mano que la movia, arrancó de repente un grito al caballero.

—«Por mi espada!—Si otro chirlo me dais, juro que tal he de haceros yo que os enseñe á tener menos pesada la mano.»—El barbero quiso contestar disculpándose con el tamaño de las barbas; pero el caballero sin dar tiempo á la respuesta, le hizo seña con la mano que tratase de acabar la obra, y esto bastó para que el maestro continuase su faena sin volver á despegar los labios.

Miráronse uno á otro los dos procuradores, y en aquella mirada se hicieron un discurso mucho mas largo y elocuente, que el primero que el barbero les hiciera encogiéndose de hombros y arrugando el entrecejo.

Maese Blas acabó por fin su tarea. No fué sin trabajo; la amenaza del caballero habia tenido el poder maravilloso de librar su cara de un segundo chirlo, que el maestro tenia tal vez intencion de pegarle, para desquitarse de la osadia con que habia entrado en su tienda. El miedo guarda la viña; y el tal guardador salvó la cara del caballero, mejor quizá que se la hubiera preservado una bien templada visera de Milan en encuentro de moros.

—Gracias á Dios que se fué—esclamó el barbero apenas le vió volver las espaldas y fuera del umbral de la puerta. Sin haberse recobrado del susto; y sin reparar en que clase de moneda le habia pagado el caballero, metiósela en el bolsillo, y añadió:

—Ahora, vuesas mercedes, señores.

Y empezó á afeitar á uno de los dos que esperaban su turno de rasura.

—¿Quién es este Cid Campeador que de tan descortés modo entró y salió? preguntó uno de los procuradores.

—¿Quién? replicó el maestro.—Es un caballero de la casa del Conde de Taran, hermano dal duque de Braganza. Como este son todos los de su servicio y casa. Ensoberbecidos con la privanza que el Señor y sus hermanos tenian con el rey difunto, nos tratan siempre por el estilo—á nosotros los pecheros—como si fuéramos moros ó judios.

—Atras viene quien les ha de bajar la soberbia (dijo el que dirigió la progunta) con la fórmula del juramento de pleitesía y homenaje. Ya verán esos señores que D. Juan II no es D. Alfonso V.

—Si por cierto: replicó maese Blas; pero segun he oido decir los grandes prelados y señores, no están de ánimo de saberlo.

—¿Y qué remedio tienen? añadió el que estaba entre las manos del maestro, y que ya empezaba á revelarse contra las desolladuras que le hacia la navaja, transformada en sierra, merced á las infinitas mellas que sacó de la áspera barba del caballero.

—Que no sea yo por mas tiempo el barbero de la corte—interrumpió maese Blas—si no hemos de ver en ella dentro de poco grandes novedades. Dícese por ahí, y en palacio lo oí no ha mucho—prosiguó bajando la voz contra su costumbre que era hablar en secreto de modo que todos lo oyeran—dícese que uno de los capítulos de las villas y ciudades del reino, consiste en pedir al rey corregidores que vayan á las tierras de los donatarios de la corona á inquirir sobre las violencias que los señores cometen contra los vasallos, y corregirlas.

—¿Y qué mas oistes?—¿Será despachado ese capítulo? preguntó uno de los procuradores.

—¡Vaya si lo será!—respondió el barbero, tomando cierto aire de gravedad, que contrastaba ridículamente con su figura—Anton de Faria lo ha jurado: ha de bajar los humos á los grandes. El valido no es hombre que desista de lo que una vez se ha propuesto: los fieros y desprecios de los hidalgos no han caido en saco roto. Tenemes mucho que ver.

Y maese Blas decia la verdad. Una lucha mortal, tremenda, estaba á punto de estallar entre el rey y los nobles; entre el absolutismo y el feudalismo.

D. Juan II de Portugal, intentaba, como su contemporáneo Luis XI de Francia, dar el último golpe al poder carcomido y vacilante de los grandes vasallos de la corona. El pueblo, cansado de sufrir la opresion de una caterva de tiranuelos, apiñábase en torno del trono real, y le ofrecia su fuerza, que empezaba ya á conocer.

El resultado no podia ser dudoso.

Este resultado es el que habia previsto el Cardenal D. Jorge de la Costa cuanto decidió retirarse á Roma.

Restábales á los nobles la mas bella porcion de la herencia que recibieron de sus antepasados, las ideas generosas de la caballeria.

Esta herencia era la que debia perderles.

Peleábase en el campo de la politica, no en la estacada de los duelos; y las armas de esta liza consistian, no en el escudo y la lanza, sino en la astucia y el disimulo.

D. Juan II y sus consejeros debian, en tal estado de cosas, contar con la mejor parte, y con recoger el premio ensangrentado del combate.

II.

EL HOSPEDAJE.

Comenzaba el dia 20 de junio del año del Señor de 1483—y ya antes de amanecer veíanse discurrir por las calles de la ciudad de Evora muchas personas que se encaminaban hácia el palacio del conde de Olivenza, donde entonces moraba el rey D. Juan II, tomando en seguida el camino de la plaza mayor. Los que asi madrugaban eran de todas las clases y gerarquías; gentes del pueblo y caballeros. Oíase un sordo rumor de voces confusas, semejante al ruido que se distingue á veces en medio de la calma del Occeano, y que presagia el estallido de espantosa borrasca. El aire era húmedo y denso, y la sonrosada luz de la aurora penetraba con dificultad al través de la espesa niebla que entoldaba la atmósfera:

—¡Abrid maese Blas, abrid!—decia en altas voces un hombre que con el mango de una hacha golpeaba de recio á la puerta del barbero de la corte.

Maese Blas dormia descansado el tan apacible sueño matutino al lado de su respetable consorte, Inés Perez, roncando y silvando *á duo*,—ciertas armonías, dignas de ser acomodadas en algun moderno *spartito*: Inés fué la primera que se despertó con el ruido que hacian en la puerta, y moviendo el esféfico cuerpo de su marido, le gritó junto al oido.

—Blas, despierta, que raya el dia, y estan llaman–

do. ¿Será algun paje que vendrá á que le rapes para....

—¡Mal rayo te parta! Vaya al diablo que le rape.— Dijo maese Blas volviéndose para el otro lado.

Pero no habia acabado aun de pronunciar estas palabras cuando nuevos porrazos y voces repetidas llamaron á maese Blas. Aumentaban aquel infernal ruido los gritos de Inés Perez para despertar á su marido, y los cuales hubieran bastado por sí solos para volver en su acuerdo á los siete durmientes. Maese Blas acostumbrado á ellos hacia oidos de mercader; mas por fin temiendo las vias de hecho, no tuvo otro remedio mas que saltar del lecho en que yacia.—A tientas y medio dormido se acomodó las calzas y la ropilla, y no hallando los borceguíes, corrió descalzo, á la puerta, que se venia abajo con las sacudidas y porrazos que sobre ella llovian desde afuera.

—¿Son estos modos de despertar á un cristiano?— gritó Blas desde dentro—¿A estas horas en que apenas empieza á divisarse el arrebol de la mañana? ¿Qué quereis tan de mañana por mi casa? ¡Aguardad á que salga el sol, y entonces os trasquilaré!

—No es eso. Abrid vuestra puerta que venimos con prisa.

—Mañana, caballeros, mañana. Sí, como fuese para sangrar á alguno, vaya con Dios; pero maese Blas no acostumbra á hacer la barba tan de madrugada. Id á Pero Antunez que ahí abajo mora, y ese, de fijo, no os dejará sin rapar.

Diciendo esto examinó si la puerta estaba bien cerrada: corrió del todo el cerrojo, y tornóse á la alcoba. Infelizmente la señora Inés acababa de levantarse en enaguas para venir á terciar en la disputa con su voz de arriero; encontráronse á mitad del camino los dos consortes, diéronse de lleno uno con otro, como dos caballeros en liza, y maese Blas vino á dar con su cuerpo en el suelo.

Por fortuna la caida no fué de peligro: habia recibido el encontron junto á la cama de la esclava mora que dormia en el suelo, y que aprovechaba, sin cuidarse del ruido, las pocas horas de descanso y libertad que sus señores la dejaban. Al caer maese Blas sobre el jergon de la esclava acabó de despertarse; levantándose no sin trabajo, hizo la señal de la cruz, y despues de encomendarse al ángel de la Guarda, esclamó:

—Buena pro me traiga el dia; mas los principios son de fatal aguero.

Pasaron algunos instantes en que todo estuvo en silencio. Inés Perez comenzaba á hacer cálculos sobre la pérdida que les ocasionaran los malos modos de su soñoliento marido, cuando otra voz muy diversa de la que en un principio se dejó oir, gritó de la parte de afuera.

—De parte del rey abrid esta puerta, que sino lo hiciéredes presto, la derribáremos á hachazos, y vos, en la cárcel aprendereis á obedecer los mandatos de la justicia.

Principiábase á calzar maese Blas los borceguíes cuando tales palabras sonaron, é Inés que le habia ganado la delantera en el vestir, oyendo la fórmula y voz del alguacil de Corte, que tantas veces fuera á rasurarse á casa de nuestro barbero, abrió al punto la puerta, y haciendo mil cortesías procuró disculpar á su marido, á quien el sueño y el no saber lo que querian les habia hecho caer en tal descortesía.

—Compadre, si yo hubiere sabido que érais vos, ciertamente que no os hubiera hecho esperar, interrumpió maese Blas, que llegaba á este tiempo: pero tanto sueño tenia que no os conocí la voz.

En pos del alguacil entró de rondon un tropel de hombres que por las herramientas que en las manos traian parecian carpinteros: este era el séquito del alguacil.

El barbero dióse prisa á buscar los instrumentos de que se servia para remozar las caras que en sus manos iban á buscar limpieza y auxilio; pero el alguacil le dijo riéndose:

—Compadre no os andeis de navajas ni tijeras, menester hemos de vos para otra cosa.

—¿Para qué?—preguntó asustado el buen maestro.

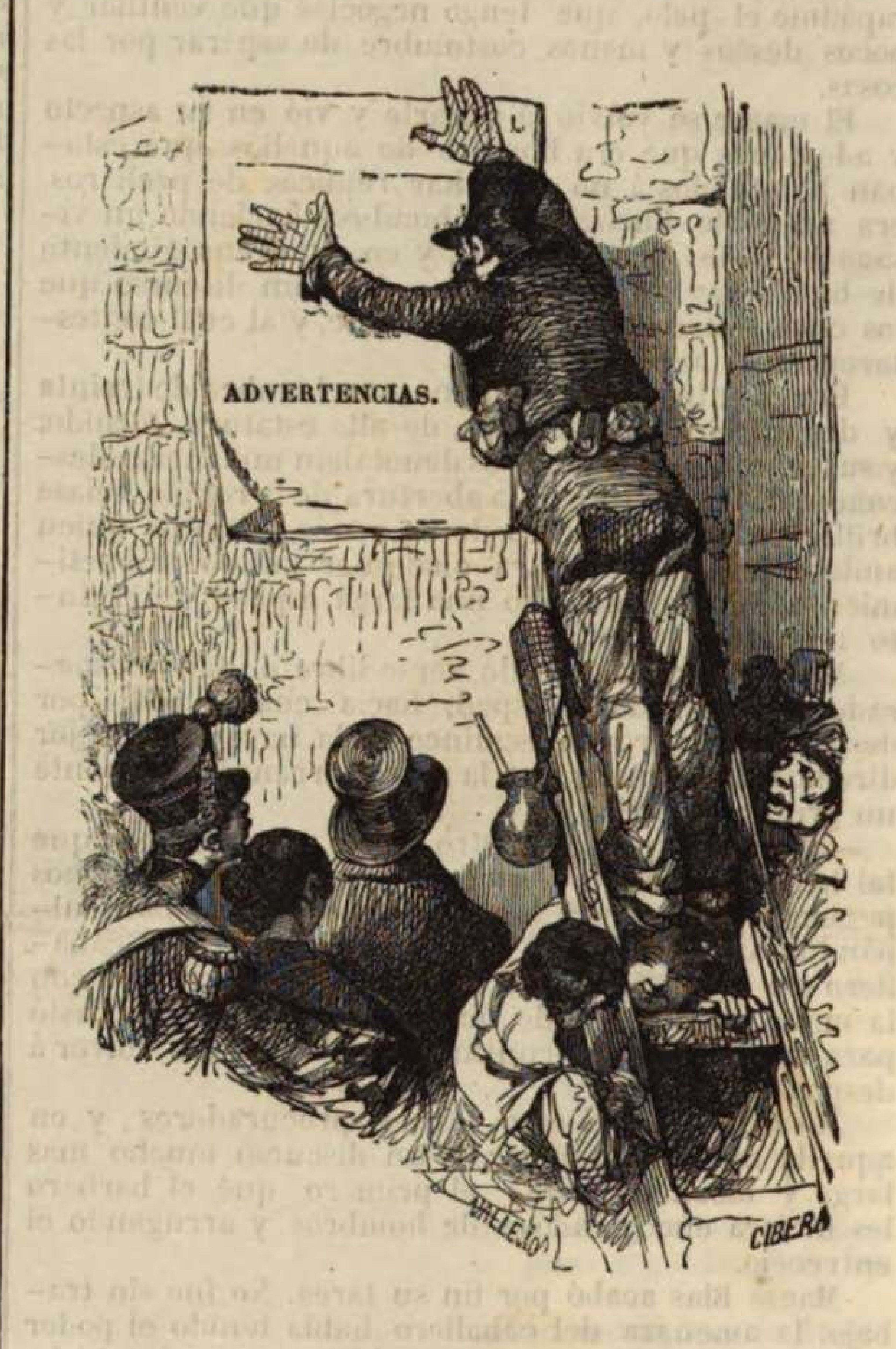
—Para que nos deis hoy posada en esta casa á nosotros y á un huésped que de aqui ha de pasar á mejor vida.

—¿Os chanceais, compadre? Esta casa está á vuestra disposicion; pero no quiera Dios que en ella haga nadie tal viaje.

—En *ella* de cierto que no será; pero *desde ella* á fé que sí.

(Continuará.)

Isidoro Gil.



Siendo el presente número el último que recibirán los suscritores á la *España pintoresca y artística* en compensacion de la entrega cuyo importe tenian adelantado, los de provincias que deseen continuar deben renovar inmediatamente su abono; á los de Madrid se les llevarán los recibos por conducto de los repartidores. Los citados suscritores que sigan siéndolo al Semanario por un mes, recibirán el próximo número *gratis*; los que continúen por medio año los que faltan hasta Febrero.

Las complicaciones que naturalmente trae consigo la refundicion de varias empresas periódicas en una sola, y el repentino aumento de suscricion, han sido causa de la irregularidad en los repartos; desde hoy tenemos adoptadas las medidas oportunas para que quede concluido en todas las carreras antes de las dos de la tarde de cada domingo. La empresa agradecerá que se advierta á la administracion cualquiera falta que se note en este punto.

Las oficinas del Semanario están abiertas todos los dias de nueve á una.

Siendo mucho el trastorno que ocasionan las reclamaciones intempestivas de las provincias, advertimos que no será atendida ninguna pasados doce dias de la publicacion del número que se pida. *No se admiten cartas sin franquear.*

MADRID 1848.—IMPRENTA DE DON BALTASAR GONZALEZ